

El deseo que somos

Catherine Pozzi, 'Agnès' y la audacia del amor

JOSÉ GIMÉNEZ CORBATÓN

Podríamos situar a Catherine Pozzi dentro de lo que algún estudioso de la literatura francesa denominó la búsqueda de imágenes nuevas del hombre entre 1920 y 1940, es decir, en el período de entreguerras en el que florecen las vanguardias, el surrealismo entre ellas, pero también escrituras que tienen que ver con la memoria social y con el yo íntimo (Proust), autores que entroncan con la tradición religiosa (Caudel), el humanismo del dolor y del goce (Gide), espíritus ansiosos de novedad como Valéry, o una nada desdeñable, aunque menos conocida, poesía femenina, en la que destacan Anna de Noailles, Cécile Sauvage o la autora de la que hoy nos ocupamos, que trenzó ver-

ses tan bellos y elocuentes como estos: 'He hallado lo celeste y salvaje / Paraíso donde angustia es deseo'.

Catherine Pozzi nació en París en 1882 y murió en esa misma ciudad en 1934, tras una larga lucha con la tuberculosis. Su padre, Samuel Pozzi, fue cirujano, miembro de la Academia de Medicina, senador y poeta cercano al Parnaso. Su hija se movió en los ambientes de la alta burguesía de su tiempo. Vivió un matrimonio infeliz y enfermó muy joven, tras tener a su único hijo. Se consagró entonces al estudio, acosada por la enfermedad y un posible desenlace fatal, de un modo bastante desordenado, sin método: filosofía, historia de las religiones, matemáticas, las ciencias de su tiempo... A partir de 1913 escribió un extenso diario que no vería la luz íntegramente hasta 1987. Ya divorciada, tras la Primera Guerra Mundial, conoció al hombre que marcaría su vida, el poeta Paul Valéry, al que definió como su 'amor

más elevado», al tiempo que su «infierno». La relación duró ocho años: se mantuvo casi en secreto, y resultó bastante devastadora para Catherine. La personalidad de Valéry resultaba avasalladora y acuciante, y ella no se llegó a liberar nunca de su influencia. La publicación en 1927 de esta 'Agnès', en 'La Nouvelle Revue française', con las iniciales C. K. como única firma, fue muy bien acogida en los medios intelectuales parisiños, pero enseguida surgieron las dudas sobre la verdadera autoría del texto: ¿Valéry o la propia Catherine? El tiempo ha disipado esas dudas.

Algo de lo dicho trasluce en 'Agnès', aunque el lector habrá de leer entre líneas para detectar los datos biográficos que el texto contiene. Y, a decir verdad, no son lo que hoy



AGNÈS

Catherine Pozzi. Cáceres, Editorial Periférica, col. Largo recorrido, enero 2014, 62 páginas, 11,50 euros.



Catherine Pozzi.

más nos importan. Se trata de una suerte de carta escrita por una joven de diecisiete años que tiene un padre muy parecido al de la autora, dirigida a un hombre al que aspira a conocer y que bien puede tratarse, en efecto, de Valéry. Agnès se esfuerza en estar al nivel del amado futuro («Quiero que encuentres en mí todo el pensamiento y toda la gracia del mundo [...] Y tú lo sabes todo, naturalmente»). Ese amado y cómplice deseado es en realidad lo que Agnès quiere ser ella misma («Se trata entonces de encontrar fuera de mí misma 'la

perfección de mí misma' [...] ¿Qué incertidumbre! Para que me gustes tienes que ser yo. ¿Otro puede ser yo? Si no es yo, todo ha fallado»). La larga y dificultosa espera de ese encuentro lleva a Agnès a trasladar su búsqueda a la religión, pero no a una doctrina convencional, pues en el camino rechazará el catolicismo, por la vacuidad de sus ritos, e incluso la figura en principio acogedora y vivificante de Jesús: «Una se explica con el corazón desbocado; el divino Otro continúa en silencio». Y es que en realidad es en la propia indagación donde reside la única

realidad: «Porque el incierto Dios está formado por todo mi deseo, como también Tú». Y ese anhelo revisite cierta forma de panteísmo: «El universo es un inmenso tesoro, donde collares de elementos que se atraen y se repelen nos abarcan y hacen que sintamos». Agnès concluye así que el único amor posible se encierra en uno mismo: cada uno contenemos el núcleo de la célula que se rompe y vuelve a formarse continuando a través de todos los individuos, pues partimos del mismo origen.

Se ha querido encontrar alguna relación entre esta 'Agnès' y 'Monsieur Teste', del ya mencionado Valéry. Es cierto que a ambos personajes los mueve la libre voluntad de autenticidad, certidumbre, independencia. Valéry escribía en un prólogo a la segunda edición inglesa del primer relato de su libro, el titulado 'La velada con Monsieur Teste': «Me dejaba llevar por un deseo infinito de pureza, el desprecio de las convicciones y de los ídolos, la repugnancia por la facilidad y el sentimiento propio de mis límites. Me había edificado una isla interior a la que dedicaba todo mi tiempo para reconocerla como tal y fortificarla...»

Palabras perfectamente aplicables a este intenso y deslumbrante texto que es 'Agnès'.

Teoría de juegos

Nunca he sido buen jugador de ajedrez. Me gusta, conozco las reglas, pero nunca he llegado a dominarlo. Soy malo. Muy malo. Al punto de que cuando enseñé a jugar a mi hermano pequeño, este al poco me ganaba. Pero me gusta. Tanto que hubo un tiempo en que solía jugarlo de madrugada, cada viernes y sábado, en un bar canalla. Perdía casi siempre. También me gusta el billar americano, pero soy mediocre. Aunque gano más que al ajedrez, pierdo más que gano. Muchos, después de tantas derrotas, habrían vuelto al tres en raya, que es un juego sin complicaciones, que suele, a menos que el oponente sea muy tor-

pe, acabar en tablas. Sin embargo, lo que me impulsaba a jugar no era la posibilidad de ganar, sino el juego en sí. Ganara o perdiera me lo pasaba en grande jugando. También me entusiasmaba el rol, que es una forma de narrativa participativa, un juego cuya mayor ventaja es que nadie pierde o gana. Y es quizás la forma más obvia de ver que la literatura es, o debería ser –y esto también va por la vida– un juego.

Porque, efectivamente, es un juego. O un conjunto de juegos que se nos proponen. Cada libro, cada relato, cada poema, obra de teatro o película, un juego. Un enjambre de juegos con una mínima regla en común, el lenguaje, con el que, por supuesto, hay

EL TALISMÁN DE LA COSTURERA

CIRO GARCÍA



que jugar, y a veces hacer trampas. Para hacer trampas, para transformar algo, para enriquecerlo, es imprescindible conocerlo. No es preciso ser lingüista, pero si conocer sus bases. Este juego es entre dos jugadores, el escritor y el lector, o más bien a un jugador, escritor, y una multitud –eso sería lo ideal, pero quizás la palabra multitud tenga algo de exageración– los lectores. El escritor

siempre hace trampas, propone las reglas del juego, o las copia, o, en apariencia ignora toda regla. El lector acepta, o no, el desafío de ese juego, y además le da vida. Al leer el libro lo imagina, es decir lo juega. Y ningún lector lo hace igual a otro. Ninguna partida es del todo igual.

Por supuesto hay juegos más complicados que otros, más ricos, con más matices. Más ajedrez. Otros, la gran mayoría, por desgracia, más tres en raya. No es que el tres en raya esté mal. Pero es muy limitado, un callejón sin salida. El juego para cuando no tienes otra cosa a mano. O para quien no quiere arriesgarse. Algo, a la larga, apenas menos interesante que la postura del prisionero, un poco más que pegar mocos debajo de la mesa.

Sin embargo son este tipo

de libros los que más abundan. Por razones misteriosas, los que más se leen. Tal vez no sea más que por que las editoriales, esas supuestas garantes de la cultura, ofertan



ante todo esta literatura fácilota, de boli, cacho de papel, aspas y redondeles. Además es la única que publicitan. Pero aún así, aunque pasen más desapercibidos, hay otros libros, otros juegos más apasionantes. A veces, pero no siempre, más difíciles.

He oído a gente que afirma su pasión por la lectura que jamás ha posado sus ojos y su cerebro en nada más complicado que un folletín –largo eso sí, pero folletín–. Con suerte han oído hablar de Inclán, de Joyce, de Dario, Baudelaire, Lorca, de Kafka, de Bieli, de Shakespeare, Proust, pero les aterra siquiera pensar en leerlos. Y eso cuando les suenan de algo. Eso es como declararse escalador y rechazar una expedición a los Himalayas, porque con subir un montículo cerca de casa, se dicen, sobra y basta.